

**PREGÓN DE LAS FIESTAS FUNDACIONALES
DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA**

**EL ESPAÑOL DE LAS PALMAS DE
GRAN CANARIA, ENTRE
EUROPA Y AMÉRICA**

CLARA EUGENIA HERNÁNDEZ CABRERA
JOSÉ ANTONIO SAMPER PADILLA

JUNIO 2011



**Ayuntamiento
de Las Palmas
de Gran Canaria**

Queremos empezar dando las gracias a D. Jerónimo Saavedra, hasta hace unas horas alcalde de esta ciudad, por la invitación a leer el pregón de las fiestas en que celebramos el 533 aniversario de la fundación de Las Palmas de Gran Canaria. Esto constituye un motivo de orgullo para cualquiera de sus habitantes y nosotros, con la máxima humildad y sin considerarnos con méritos suficientes para tan alta distinción, la hemos aceptado como un deber hacia la ciudad y un honor que agradecemos profundamente. Al mismo tiempo, saludamos al nuevo alcalde, D. Juan José Cardona, y a toda la corporación que hoy comienza una nueva andadura y les deseamos todo tipo de éxitos, que redundarán en beneficio de toda la ciudad.

El pregón de este año tiene algunos aspectos novedosos. En primer lugar, como ustedes ya habrán adivinado por los dos atriles, va a ser leído a dos voces; esta peculiaridad concuerda a la perfección con la idea de equipo de trabajo con la que hemos afrontado nuestra vida profesional y a partir de la cual nos hemos acercado a unos temas que nos han interesado a los dos. Gracias, de nuevo, a D. Jerónimo Saavedra por darnos la oportunidad, extraña en un pregón, de componerlo y leerlo a dúo.

Pero, además, este pregón es especial porque coincide con un año que puede ser crucial para la vida de esta urbe: dentro de unos días se decidirá qué ciudad española, de las seis finalistas, se convertirá en capital cultural europea en 2016. Ojalá el esfuerzo desplegado por todos –porque el respaldo a nuestra candidatura ha sido unánime– obtenga el fruto merecido y Las Palmas se convierta en esa

capital de la cultura a la que todos aspiramos, porque su elección significaría un impulso extraordinario para la revitalización de la ciudad en estos albores del nuevo siglo. Méritos los tiene sobrados esta urbe atlántica y entre ellos no sería el menor su significado histórico como vínculo de la vieja Europa con el Nuevo Continente.

Cuando se nos propuso elaborar este pregón, nos planteamos una serie de temas de los que podríamos tratar. Aunque no era fácil la elección, nos ayudó comprobar que cada uno de nuestros antecesores en estas lides había aportado sabiamente una visión particular de la ciudad, la que iba más en consonancia con su especialización, de tal modo que hoy, reuniendo todas esas aportaciones, podríamos componer un libro misceláneo, con múltiples perspectivas que definirían perfectamente lo que significa Las Palmas de Gran Canaria. Como es natural, la mayoría de los pregones adopta una orientación histórica pues no en vano la fiesta conmemora la fundación de la ciudad el 24 de junio de 1478. Pero nosotros no somos historiadores y, por tanto, consideramos que debíamos tomar otros derroteros. Por eso, en esta ocasión, tan solemne, queremos hablar durante unos minutos, evitando tecnicismos innecesarios, de algunos aspectos en que nuestro quehacer profesional cotidiano —el estudio de la lengua— se relaciona íntimamente con esta urbe.

No cabe duda de que para el establecimiento de nuestra identidad es necesario conocer nuestros rasgos lingüísticos peculiares, nuestros usos dialectales, ya que, como resaltan distintas disposiciones de la UNESCO, las manifestaciones orales constituyen una parte fundamental del patrimonio inmaterial de los pueblos. La lengua, como todos sabemos, ocupa un lugar tan importante para la determinación de la identidad de una comunidad que se convierte en uno de sus principales rasgos definidores, porque la percepción de lo comunitario y lo diferencial se hace evidente por medio de los usos lingüísticos.

Al pensar en este tema, evocamos las palabras de Jorge Luis Borges cuando, al referirse al habla bonaerense y sus particularidades, escribe:

¿Qué zanja insuperable hay entre el español de los españoles y el de nuestra conversación argentina? [...] No pienso aquí en algunos miles de palabras privativas que intercalamos y que los peninsulares no entienden. Pienso en el ambiente distinto de nuestra voz, en la valoración irónica o cariñosa que damos a determinadas palabras, en su temperatura no igual. No hemos variado el sentido intrínseco de las palabras, pero sí su connotación. Esa divergencia, nula en la prosa argumentativa o en la didáctica, es grande en lo que mira a las emociones. Nuestra discusión será hispana, pero nuestro verso, nuestro humorismo, ya son de aquí.

Hoy, gracias al esfuerzo desplegado en estos últimos cincuenta años por muchos estudiosos –locales y foráneos–, disponemos de una amplia bibliografía sobre las características de nuestro dialecto, probablemente una de las más ricas de entre las que describen las distintas modalidades del español. Esto que decimos ha supuesto un giro radical porque todavía en 1962, en un conocido manual de dialectología española, podía leerse lo siguiente: “Posiblemente el canario es el peor conocido de todos los dialectos españoles”. En esos años, cuando la filología hispánica hablaba de fenómenos extendidos en amplias zonas de nuestro ámbito lingüístico, se ignoraba a las islas simplemente porque se carecía de información fidedigna de lo que ocurría en ellas. Por fortuna, la situación ha cambiado radicalmente y hoy los estudios en torno al español de Canarias son conocidos, y hasta diríamos que sanamente envidiados, por investigadores de muchas otras comunidades. En la actualidad contamos con muy buenas investigaciones descriptivas e interpretativas, se dispone de una excelente muestra de diccionarios y los alumnos de nuestros centros pueden acceder a un conocimiento cabal de sus rasgos dialectales a través de los manuales de clase. Y ya que hemos hablado de la faceta docente, permítannos destacar cuán lejos estamos, en este sentido, de aquel

momento en que Juan Reyes, maestro canario de comienzos del siglo XX, publicó un opúsculo en que recomendaba a sus alumnos el abandono de formas regionales como *picar el ojo*, *fonil*, *pestillera* o *nisperero*, y su sustitución por las formas del español general *guiñar el ojo*, *embudo*, *cerradura* y *níspero*, respectivamente. Las primeras estaban en una columna encabezada por la forma “No digáis”; las segundas, por “Decid”.

En las antípodas de esta forma de concebir el hecho diferencial canario se situó nuestro Ayuntamiento cuando el año pasado, en el mes de marzo, inundó la ciudad con el cartel que se reproduce a continuación:



Como vemos, para la segunda persona del plural se utilizó el pronombre que se prefiere en todo el español atlántico, *ustedes*, como forma única de tratamiento, y no el vosotros, tradicionalmente ajeno tanto a nuestra modalidad dialectal¹ como al amplio español de América.

Además de lo que hemos dicho sobre el impresionante vuelco en la consideración del español de Canarias, hemos de destacar otro cambio muy importante en la lingüística de la segunda mitad del siglo XX; en ella el interés por los núcleos rurales, depositarios de un fondo idiomático tradicional, que fue propio de la dialectología secular, ha sido sustituido por la descripción y análisis del habla de las comunidades urbanas, mucho más complejas en su organización social y, por consiguiente, más heterogéneas lingüísticamente. Y si los estudios tradicionales se situaban en pueblos recónditos, de nombres muchas veces desconocidos, las investigaciones sociolingüísticas toman como puntos de análisis urbes tan populosas como las norteamericanas Nueva York, Detroit, Filadelfia..., o, en el mundo hispánico, Buenos Aires, México, San Juan de Puerto Rico... En esa orientación, no es una casualidad que la primera ciudad española sobre la que se realizó un estudio sociolingüístico, pórtico de esta disciplina en nuestro país, fuera precisamente nuestra capital. *Los niveles socio-culturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria*, escrito por Manuel Alvar, hijo adoptivo de la ciudad, es ese libro inaugural, al que afortunadamente han seguido otros muchos.

Lo que acabamos de decir no es sorprendente porque desde hace años los estudiosos del español de Canarias han destacado precisamente la extraordinaria capacidad de irradiación, de exportación, de los rasgos lingüísticos de esta ciudad al resto de la isla. En los años 60 Diego Catalán señalaba lo siguiente:

Desde las ciudades canarias presiona un nuevo español atlántico fonéticamente nada conservador [...] El centro más innovador es la ciudad de Las Palmas,

¹ Salvo en ciertas comunidades de las islas de La Palma, La Gomera y Tenerife.

puerto y capital de la isla de Gran Canaria y de la provincia del mismo nombre, el mayor núcleo urbano en el Archipiélago. Gran Canaria es una isla macrocéfala en que la capital define a la isla; toda la zona más poblada de ella se halla en íntima dependencia respecto a Las Palmas y ha recibido de la capital sus modalidades lingüísticas.

Y por eso tampoco resulta extraño que el yeísmo, un fenómeno característico de los núcleos urbanos y difundido hoy en todo el ámbito hispánico, haya tenido a Las Palmas como primer foco difusor en el Archipiélago.

La importancia del habla de la comunidad urbana de Las Palmas de Gran Canaria ha hecho que su presencia haya sido requerida por los promotores de muchos proyectos de investigación de carácter panhispánico sobre el español de hoy, y así nuestra ciudad figura entre las quince investigadas dentro del “Proyecto de estudio de la norma culta hispánica” y también participa en el “Proyecto de estudio sociolingüístico del español de España y América (PRESEEA)”, que analiza el habla de treinta y nueve urbes en catorce países. Creemos que todos nos podemos sentir legítimamente orgullosos por el hecho de que nuestra ciudad y nuestra universidad estén presentes en proyectos tan reconocidos en la filología hispánica.

Ese orgullo tiene varios motivos: uno de ellos es constatar, una vez más, la importancia que para esta ciudad y su proyección científica y cultural tuvieron aquellas manifestaciones del año 1982 en que todos reivindicamos una universidad. Ese logro no solo ha permitido estudiar a muchos de nuestros actuales alumnos, poniendo fin a una situación socialmente injusta, sino que también ha constituido una oportunidad para ampliar y profundizar científicamente en lo nuestro. Ese enraizamiento de la universidad en la ciudad está tan presente en la vida cotidiana de Las Palmas que, al analizar la nómina de los últimos pregoneros, constatamos que casi todos ellos son o han sido profesores de nuestra primera

institución académica. Nosotros también hemos sentido esa solidaridad cuando hemos pedido la colaboración de nuestros conciudadanos para nuestras investigaciones. ¿Cómo no vamos a recordar a cada uno de nuestros encuestados en los estudios que hemos ido realizando para profundizar en nuestras peculiaridades lingüísticas? Hemos entrevistado a personas de todos los barrios, desde La Isleta a San Cristóbal, pasando por las Alcaravaneras, Arenales, Triana y Vegueta, desde los Riscos hasta la Ciudad Alta y Guanarteme, hemos recorrido todos los rincones de la ciudad y en todos hemos encontrado las puertas abiertas. Es una situación que no todos los investigadores encuentran en otras capitales.

Esa colaboración la hemos hallado también en los centros de enseñanza: institutos y colegios públicos y privados nos han permitido acceder a sus aulas con el fin de recabar datos para diversos estudios. Algunos de estos trabajos nos han permitido descubrir situaciones que deben corregirse cuanto antes porque son exponentes de una grave desigualdad social que ha de evitarse. Una de las investigaciones con estudiantes de esta capital constató que niños de diez años de un nivel socioeconómico medio-alto conocían mucho más vocabulario que sus compañeros de catorce años de niveles menos favorecidos. Naturalmente esa es una llamada de atención para los responsables de la educación en nuestra comunidad: la escuela debe aspirar a convertirse en un nivelador social y es inaceptable que se produzcan esas diferencias que en un futuro podrán ser causa de discriminación de un grupo de conciudadanos. No hemos querido desaprovechar esta oportunidad, a pesar del ambiente festivo que rodea este acto, para recordar lo que, a nuestro entender, debe ser objeto de preocupación o mejor, de ocupación inmediata. Fiel al espíritu con el que nació, la universidad debe colaborar con la sociedad e implicarse decididamente en la solución de sus problemas.

La labor de grabación de conversaciones que requieren nuestras investigaciones nos depara, como encuestadores, la posibilidad de entrar en un contacto

inusual y estrecho con los entrevistados, con esos anónimos y no tan anónimos hablantes de esta ciudad con los que compartimos alegrías y preocupaciones. En esas charlas que después serán analizadas con el rigor que exige la ciencia, nuestros informantes nos regalan parte de sus vivencias y nos aportan sus recuerdos de una ciudad ya irremisiblemente perdida hablándonos nostálgicamente de sus impresiones del Guiniguada, de los puentes que lo atravesaban, del muelle de Las Palmas, de los coches de hora y de los piratas, del ambiente familiar de los barrios capitalinos, o nos comentan sus impresiones actuales sobre el teatro Pérez Galdós, sobre el auditorio, sobre los transportes urbanos, sobre los problemas de su barrio o ensalzan las virtudes de la playa de Las Canteras, siempre presente en la vida de los que formamos parte de esta ciudad. Y en el pasado y en el presente, evocan los perros de esta hermosa plaza, convertidos muchas veces en la primera imagen grabada en las retinas infantiles. Podemos decir que esa labor de recopilación de datos, tan especial, se ha convertido para nosotros en el re-conocimiento de la ciudad y en un motivo más para amar las calles y la gente de esta urbe e identificarnos con ellas.

Vivimos, pues, en una ciudad que reúne muchos atractivos para ser estudiada desde múltiples perspectivas; también desde el punto de vista lingüístico. En realidad, cuando se trata de investigaciones panhispánicas, gran parte del interés por Las Palmas –y por nuestro archipiélago en general– se fundamenta en su carácter de “puente tendido entre las hablas peninsulares y el amplio español de América”. Ya Manuel Alvar escribió:

Desde el primer viaje del Almirante, se pudo ver que las Islas no eran periferia de nada, sino centro, eslabón intermedio que unía [...] dos periferias: la peninsular y la de América. [...] El español de Canarias no es periférico, sino medular. Son los canarios quienes van a la periferia americana, como aquellos 2.500 colonos insulares que marcharon a Santo Domingo en una época en que la vieja Española no llegaba a los 6.000 habitantes.

Canarias y América. No pocas veces, al pasear por las plazas y rincones de algunas ciudades americanas, hemos sentido la impresión de estar en Las Palmas; especialmente vivos son los recuerdos del Viejo San Juan: parecía que los rótulos de aquellas calles nos iban a sorprender en cualquier momento con el nombre de alguna de las de Las Palmas, tan semejantes eran aquellas casas terreras a las que hemos visto aquí desde nuestra infancia. Y también en el norte del continente, en la ciudad de San Antonio de Texas –que nos ofreció durante un semestre una enriquecedora hospitalidad entre descendientes de canarios–, fue muy intensa la emoción cuando en la catedral de San Fernando contemplamos la placa que nos recordaba las familias isleñas que habían fundado aquella ciudad en 1731: allí aparecen grabados los nombres de las familias grancanarias Niz Peña y Rodríguez Niz, y entonces entendimos cabalmente lo que Armando Curbelo nos relataba acerca de Josefa Niz, que, a tantos kilómetros de distancia, recordaba una y otra vez su Tamaraceite natal y cómo bajaba caminando a la ciudad de Las Palmas cuando se celebraban las fiestas principales. Es verdad que esos descendientes de canarios no pudieron mantener nuestras formas dialectales como sí lo hicieron los expedicionarios que entre 1778 y 1784 viajaron al actual estado de Luisiana y fundaron la comunidad de San Bernardo, cerca de Nueva Orleans, y que, en un ejemplo extraordinario de lealtad lingüística, conservaron vivo el recuerdo de nuestras islas a través de un vocabulario que incluye voces como *guirre*, *nombrete*, *solajero* o *vuelta de carnero*, y que incorpora para los alimentos denominaciones como *gofio* o *piña*; eran canarios que no habían olvidado el nombre tan especial que le damos a la pimienta con la que preparamos el mojo y que acababan sus comidas tomando un *buchito de café*.

Los canarios hicieron una aportación valiosísima al español de América y llevaron a aquella orilla –sobre todo al Caribe– nuestras palabras y nuestra peculiar forma de hablar. Pero si es mucho lo que llevamos tampoco podemos

olvidar que a las islas han arribado desde la otra parte del Atlántico unos vocablos que han enraizado tanto entre nosotros que los consideramos propios. Es tan intensa la relación, tan frecuente ha sido ese trasiego léxico, que para los filólogos se hace difícil precisar en algunos casos si un vocablo es un canarismo en América, es decir, hizo el viaje de ida, o un americanismo en Canarias y llegó a esta orilla con los emigrantes que volvían de Cuba o de Venezuela. Por eso no es raro que contemos con dos importantes obras lexicográficas en las que se recogen las coincidencias léxicas canario-americanas, algo de lo que no dispone ninguna otra región de nuestro país.

No nos resistimos, en este momento, a reproducir un ejemplo de la impresión que deja nuestra ciudad en los ojos de quienes nos visitan desde la América hispana. En su discurso de investidura como doctor honoris causa de nuestra universidad, el cubano Humberto López Morales, actual secretario de la Asociación de Academias de la Lengua Española, leyó lo siguiente:

Una tarde apacible de una ya lejana primavera pisé tierra de Gran Canaria por primera vez. [...] Las Palmas no me era una ciudad extraña ni desconocida, pues Manuel Alvar se había encargado de írmela presentando con palabras que salían directamente de su corazón [...]: un lugar paradisíaco y gente de excepcional bondad. [...] Muy pronto comencé a percibir una melodía especial en el murmullo de las olas que llegaban a la orilla blandamente, en el color cálido de las arenas, en la brisa que daba sosiego y caricias, y recordé tantas cosas: años de mi infancia antillana, de una adolescencia inquieta, de unos pocos años de primera juventud. Me parecía volver a vivir.

Pero situémonos de nuevo en esta plaza de Santa Ana y en su entorno. Hace casi un siglo y medio, un joven estudiante de 16 o 17 años, paseando por las calles de aquella “ciudad semidormida que empezaba a despertar”, como la definió Alfredo Herrera Piqué, se preguntaría seguramente cuáles eran los aspectos que nos individualizaban entre los hablantes del español. Ese joven, llamado Benito

Pérez Galdós, dio su respuesta a esta cuestión anotando en una libreta-índice escolar una colección de palabras que, como decía Sebastián de la Nuez, oiría "en su misma casa, ya de boca de la inefable *gofiona*, Teresa, ya de su novio el *roncote*, ya de sus familiares o de sus compañeros del colegio de San Agustín". Ese cuadernillo, que se guarda, junto con otros documentos del novelista, en una de nuestras instituciones más emblemáticas, el Museo Canario, constituye uno de los primeros testimonios de nuestras voces dialectales.

Desde el momento en que accedimos a esa lista de Galdós, no pudimos dejar de preguntarnos qué palabras de las que recogió el joven novelista en los años sesenta del siglo XIX conservamos todavía hoy los hablantes de esta ciudad —como un lazo de unión con nuestro pasado— y qué otras han sido borradas de nuestra memoria por el devenir temporal. Nuestros encuestados de Las Palmas —tanto jóvenes como mayores— mantienen perfectamente vivas muchas palabras de aquel listado galdosiano, y así hablan de una *casa terrera*, de un *fechillo*, de un *fonil*, o dicen de alguien que está amulado o que está *privado de su juicio*, o que un chiquillo está *ensayado* o *enralado*. Y seguimos hablando, en relación con el mundo animal, de *baifos*, *alpendres*, *alpispas* o *perenquenes*, con sus múltiples pronunciaciones.

Lógicamente, hay otras expresiones que o bien han desaparecido por completo o solo son recordadas por hablantes aislados; por las calles de la ciudad cada vez se escucha menos que alguien *dobló las cajetas* o *se fue para las plataneras*, que otro salió *a tropa teñida*, que un producto iba envuelto en *papel baso* o que fulanito *arrancó la caña*. Ya no encontramos a muchos conciudadanos que conozcan términos como *devaso*, *singuillón* o *pitre*, o usen *gaveta* como 'cuenco de madera'. Son éstas palabras muertas o moribundas en la ciudad, que en momentos pasados tuvieron un uso más destacado y que hoy solo son conocidas, si lo son, por los hablantes mayores. El tiempo también se ha llevado términos de los que

recogía Galdós sencillamente porque han desaparecido las cosas que nombraban y entonces los hablantes no necesitan esas palabras: el progreso ha hecho inevitables la muerte de *tristel*, la de *lamedor* o la de *barandillas*, aquellas sillas de montar que tan bien describió Domingo J. Navarro en *Recuerdos de un noventón*.

Estudiar nuestra forma de hablar es, como ya hemos dicho, un medio para conocernos mejor y también para valorarnos de forma más adecuada. El análisis del léxico disponible de los preuniversitarios de esta isla nos mostró que no tenían menos vocabulario que los madrileños u otros estudiantes peninsulares, con lo que no se confirmó empíricamente el tópico sobre la pobreza verbal de los canarios. Esto que acabamos de decir no nos exime, sin embargo, de la obligación de trabajar cada día por mejorar el nivel de expresión y comprensión de nuestros alumnos, su fluidez discursiva, la construcción del discurso; porque hay datos objetivos, como los del reciente informe Pisa, que indican que este es un campo en que debemos hacer un esfuerzo ingente.

Tenemos que confesar que en no pocas ocasiones se nos ha presentado la duda acerca del término adecuado para referirnos a los habitantes de Las Palmas de Gran Canaria. Porque no deja de llamar la atención que para esta ciudad (que en los próximos días cumplirá los 533 años de su fundación) no figure en el *Diccionario de la Real Academia Española* un gentilicio, un nombre que sirva para denominar a sus habitantes denotando su procedencia. El hecho es extraño por varios motivos: en primer lugar, porque el gentilicio es parte fundamental, definitoria, de la tradición de un lugar y, además, porque esta ciudad es la única de las capitales provinciales españolas que carece de él al menos en ese nivel académico oficial, en abierto contraste con la multiplicidad de nombres para otras ciudades. Decimos que esto se produce en el repertorio académico porque sí que hay un vocablo que aparece muy frecuentemente en los diccionarios de uso actuales del español. Nos referimos al término *palmense* y a obras tan conocidas

como el *Diccionario de Español Actual*, coordinado por Manuel Seco, el *Diccionario de uso* de María Moliner o el *Clave. Diccionario de uso del español actual*, por no hacer una lista exhaustiva. También recoge este gentilicio el bilingüe *Collins Dictionary*. Y no hemos de olvidar que ya en 1942 Julio Casares incluía ese mismo término en el apéndice de nombres gentilicios de su *Diccionario ideológico de la lengua española* y que, antes, *palmense* aparecía en el diccionario de Alemany y Bolufer, de 1918.

Todas estas referencias hacen difícil de entender el vacío en el diccionario de la Real Academia Española, si bien la ausencia puede estar justificada porque en el CREA, el *Corpus de Referencia del Español Actual*, que recoge textos orales y escritos en español desde 1975 hasta el año 2004, no aparece ni una sola vez *palmense*.

Hubo cierta predilección por este vocablo, *palmense*, cuando hace unos años, exactamente diez, el problema del gentilicio se discutió en los medios de comunicación de la ciudad y se llevó a un pleno del Ayuntamiento: el día 27 de julio de 2001 se presentó una moción en torno al “gentilicio de los naturales de Las Palmas de Gran Canaria”. Después, el tema ha caído en cierto olvido o, al menos, no ha vuelto a tener la repercusión pública que tuvo hace diez años.

Por eso, ahora, con la perspectiva que ofrece la distancia temporal, quizás sea oportuno retomar un asunto que, al menos en ocasiones, preocupa a los que hablan o escriben sobre la ciudad. Esto es algo que se percibe incluso en los textos de los diversos pregoneros de estas fiestas fundacionales: cuando invitan a sus conciudadanos a que las celebren con alegría, usan apelativos como “convecinos de Las Palmas”, “ciudadanos, hombres y mujeres de Las Palmas de Gran Canaria”; “vecinas y vecinos, grancanarias y grancanarios todos”². Es muy llamativa la diferencia con lo que es normal en otras ciudades. En este sentido, como ha escrito

² Solo hemos anotado, como excepciones, el uso de laspalmeño, en un discurso, y de palmense, en otros dos.

el académico mexicano José Moreno de Alba, está totalmente justificado proponer un gentilicio para un territorio que carece de él. En nuestro caso, de todos los vocablos posibles –*palmente*, *laspalmente*, *palmeño*, *laspalmeño*, *palmero*, *canario*, *grancanario*, *canariense*, etc.– la discusión se ha centrado fundamentalmente en *palmente* y *canario*. Los otros han sido descartados: unos (*laspalmente*, *laspalmeño*), porque no se ajustan al procedimiento más frecuente en nuestra lengua, que prefiere que tales derivativos no incluyan el artículo que contiene el topónimo del que proceden; otro, *palmero*, porque tiene un uso ya consolidado para designar a los habitantes de la isla de La Palma.

La defensa del vocablo *canario* se ha basado en el uso histórico de la denominación *Canaria*, alternando con *Gran Canaria*, para la isla y ocasionalmente para la ciudad de Las Palmas, pero la identificación del gentilicio particular de la capital con el de toda la isla, documentado ya desde 1483, crea una ambigüedad que lo hace poco apropiado porque no ofrece precisión delimitadora, que es al fin y al cabo lo que se busca. Un inconveniente mayor es que ese vocablo choca con el uso actual general de *canario* para los habitantes de todo el archipiélago, con lo que se crearía, como en el caso anterior, una innecesaria polisemia, con la consiguiente ambigüedad.

Quedaría entonces como más recomendable el vocablo *palmente*. El reparo de que alguna vez se ha utilizado para designar a los naturales de La Palma hay que desecharlo porque esa denominación ha sido sustituida por *palmero* en prácticamente todos los foros, de tal modo que hoy los habitantes de la “isla bonita” no se identifican con el nombre acabado en *–ense*.

A favor del término *palmente* pueden encontrarse varias razones: su inclusión entre los gentilicios que incorporaba Casares y en los diccionarios de uso que citamos anteriormente, diccionarios muy reconocidos en el panorama lingüístico

hispanico; también el que aparezca en el *Diccionario ejemplificado de canarismos*, de Cristóbal Corrales y Dolores Corbella, como primera acepción (aunque con la marca poco usado) y que se recojan tres citas de escritores locales; y, además —esto parece muy relevante—, que figure en la propia página oficial del Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria³. Lingüísticamente este gentilicio no tiene ningún reparo, ya que atiende a una formación derivativa culta del español con el sufijo erudito *–ense*, con el que se forman nombres-adjetivos de naturaleza. Por otro lado, no choca, como hemos indicado, con el gentilicio de otros lugares, cumpliendo así el criterio diferenciador propio de estos términos. Creemos que no habría nada que objetar a la elección de este nombre para designar a los habitantes de esta ciudad⁴, aunque no podemos pasar por alto que hasta ahora la designación *palmense* ha sido más propia del lenguaje escrito.

Hemos querido transmitirles a ustedes estas reflexiones porque muchos conciudadanos nos preguntan por su gentilicio y no podemos darles, al menos hasta ahora, una respuesta única porque no hay un acuerdo generalizado y porque pesa mucho su ausencia en el léxico oficial de la lengua. Pero no es menos cierto que el vocablo *palmense* se va imponiendo perceptiblemente en el uso escrito, especialmente en periódicos y artículos científicos, y que si esa tendencia se consolidara, su aparición en el Diccionario de la Real Academia Española estaría asegurada. Es probable que con *palmense* se llegue a cumplir, finalmente, lo que ya indicaba nuestro primer gramático, Elio Antonio de Nebrija (Gram, III, 4): “Aunque luego en el comienzo esta derivación parezca áspera, el uso la puede hacer blanda y suave”.

Sin embargo, la experiencia enseña que los filólogos y los lingüistas podemos describir y explicar las reglas que hacen posible la formación de los vocablos, pero

³ La frase en la que aparece dice “Por el mar llegaron los viajeros y los pobladores que han ido conformando la imagen abierta y amable de los palmenses”. Vid. <http://www.laspalmasgc.es/>

⁴ En esto coincidimos con otro lingüista, Gonzalo Ortega, compañero de la Academia Canaria de la Lengua, que también se ha pronunciado sobre el tema aportando sólidos argumentos.

son los hablantes los que deciden, con su uso, qué palabra expresa mejor lo que quieren transmitir, porque son ellos los verdaderos dueños de la lengua.

Dejemos, pues, la decisión en manos del pueblo porque solo a él, con su actuación lingüística, compete la aceptación o el rechazo del término que nos corresponde como naturales de esta ciudad, una ciudad por la que sentimos ese amor que en “El poder de tu nombre” tan bien supo expresar José Manuel Marrero:

Respiro el olor del mar y sus vitales ráfagas de humedad salada. Aquí, otra vez frente al ventanal que me alonga sobre la Playa de Las Canteras, el mar acompaña el ritmo de estas palabras que te dedico [...]. Estoy tan a gusto aquí que he de quedarme. Para disfrutarte y regalarte mi tiempo... El valor de tu rostro es incalculable. El poder de tu nombre, infinito.

Acabamos nuestro pregón deseando a todos los palmenses, grancanarios y canarios en general, unas muy felices fiestas fundacionales, con todas las actividades programadas por nuestro Ayuntamiento. Que la crisis que nos afecta no nos impida seguir siendo la ciudad luminosa, alegre, abierta, culta, especial, que todos queremos. Y ojalá podamos vernos el día 28 para celebrar en cualquier plaza de la ciudad el logro de la capitalidad cultural europea: esa sería nuestra mejor celebración del 533 cumpleaños de la ciudad.

¡Felices fiestas!

D. Juan José Cardona González

ALCALDE DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Dña. María Isabel García Bolta

CONCEJAL DEL GOBIERNO DEL ÁREA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTES

Coordinación editorial: **Alberto Nieto Hernández**

© Clara Eugenia Hernández Cabrera

José Antonio Samper Padilla

© De la presente edición:

Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria

Depósito Legal: GC - 333 - 2012

www.promocionlaspalmas.com

